

—Comprendido, qué? preguntó la marquesa; os han hablado de esto?.....

—En efecto, se interrumpió vivamente, tú acabas de bailar con M. Jorge Leslie, mi vida..... tú debes saber algo..... acaso habrás visto?.....

Elena apoyó sus manos contra su corazón.

Yo creo que he visto al conde Alberto de Rosen, madre mia, dijo con voz ahogada.

—Dónde está? puedes enseñármelo? lo reconocerás!

—Y creo también, prosiguió la jóven, que vos, madre mia, habeis visto al frances que ha dado la muerte á nuestra pobre Ellen....!

La marquesa se levantó como una leona.

—Habla claramente! esclamó; lo quiero!

Elena exhaló un profundo suspiro; sus labios se pusieron blancos, su cabeza se inclinó sobre el hombro de la marquesa.

Estaba desmayada.

XXI

LA ESTRELLA POLAR

“No es nada, decia Lafontaine, es una mujer que se ahoga.”

Sin llevar el estoicismo tan léjos, se podia decir muy bien al ménos, que en un baile, un desmayo es una de las cosas mas comunes.

El calor es siempre el motivo obligado de estas pequeñas catástrofes. Pero pensad también, cuántos dramas tienen su origen en estos espléndidos lugares, cuántos amores, cuántos ódios, y cuántas, por consiguiente, peripecias necesarias!

Ciertamente, de ordinario no se representan estos dramas con el puñal en la mano y el sañudo gesto en el semblante, como en las tablas de nuestros teatros; pero qué importa, si la mas terrible de las máscaras trágicas es la que tiene la sonrisa en los labios?

Recordaréis que en la leyenda de las pieles rojas, el Panie Aganis hizo dorar el puñal que debia atravesar el corazon del virey.

Los grabados que adornan los libros de los niños, no nos muestran siempre la serpiente escondida bajo las flores?

El desmayo de la señorita de Boistrudan pasó desapercibido. Hacia tanto calor!

No hubiéramos juzgado á propósito detenernos sobre este ligero acontecimiento, si no hubiera atraído al lado de la marquesa y de su hija á la señora duquesa de Rivas, que vino á desempeñar con una gracia encantadora, los deberes de ama de casa.

Cuando Elena volvió en sí, estaba sobre una cama en el gabinete de la señora duquesa. Esta, acababa de prodigarle por sí

misma, esos minuciosos cuidados para los que son tan hábiles las mugeres.

—Tranquilizaos, señora marquesa, dijo; porque esta querida niña va á volver en sí.

La primera mirada de Elena se dirigió al vizconde de Villiers, se estremeció débilmente y cerró de nuevo los ojos.

—Soy yo, prima mia, dijo Enrique; os asusto!

La duquesa besó la frente de Elena, y repitió jovialmente:

—Os asusta?

Elena no respondió.

La duquesa dirigió á Enrique una mirada.

En seguida, dijo:

—Venid, que quiero hablaros, vizconde. Enrique se acercó.

La duquesa lo tomó por el brazo, y se separó algunos pasos con él.

—El hombre que aguardais, no puede tardar, le dijo en voz baja.

Y como sintiese temblar el brazo de Enrique en el suyo:

—Si no queda terminado todo esta no-

che, añadió, os prevengo que sois perdido... Estad alerta!

Se hallaban cerca de la puerta. Ella la cerró entónces, dejando al vizconde atur-dido.

Volvió en seguida ligera y alegre á sen-tarse al lado de Elena.

—Vednos ya buenas amigas para siem-pre á la señorita de Boistrudan y á mí, di-jo en seguida á la marquesa: tengo ya un secreto que confiarle.... no nos escuchéis.

Se inclinó, siempre sonriendo, sobre la almohada de Elena, y murmuró estas pala-bras:

—No temais nada por él.... tiene ami-gos!

Elena la dirigió una mirada tímida é in-quieta.

—No hablo del vizconde Enrique, prosi-gnió la duquesa. Esperanza y valor!.... sois amada, y vos amaréis!.... cuando el Oceano nos separe á las dos, conservad al-gun recuerdo de mí!

Besó de nuevo á Elena que permanecía muda, y se dirigió á la marquesa.

—Iré mañana á saber de la salud de la

señorita de Boistrudan, dijo, escusadme si os dejo.

En ese momento la puerta se abría, y se presentó Susana que venia en busca de su señora.

—Qué te ha dicho? preguntó la marque-sa á Elena.... Es una muger deliciosa!...

—Qué me ha dicho?... lo sé yo aca-so?... Hay una confusion en mis ideas.... mientras que ella me hablaba, madre mia, me parecia escuchar la voz de mi buen Angel.

—Eso es! exclamó la marquesa, las jóve-nes le dan á todo un giro romancesco!.... pero qué talle! qué ojos!.... yo no he visto en mi vida hombros mas bello!

—Es el paje, decia en ese momento la señorita Susana á la duquesa.

Las dos camaristas llamaban así á Jua-nito, el groom de M. de Villiers.

Las admiraba mas, ver que continuaban los misteriosos mensajes; á pesar de hallarse presente el vizconde Enrique, y de las oport-unidades del baile.

La señora duquesa se dirigió al momen-

to á su aposento, donde se encerró con el niño.

Al cabo de algunos minutos llamó á un camarista, y comenzó á cambiarse traje.

—En hora buena! se dijeron la señora Dalmas y la señorita Susana: decididamente la novela va á comenzar. . . . No quiere ser reconocida!

La señora duquesa de Rivas pidió en efecto una máscara y un dominó.

Eran las dos de la mañana; habia crecido el flujo del placer en los salones: las mugeres estaban mas hermosas y los hombres mejor inspirados.

Se intrigaba, mas supuesto que es necesario dar á conocer lo que pasaba, dirémos á nuestros provincianos, que no eran las intrigas como allá en provincia.

Los autores de vaudevilles, han inventado hace tiempo, un personaje viejo como Herodes, que pasa en las piezas diciendo injurias á todo el mundo, y que llega hasta el desenlace sin haber tenido ni siquiera una oreja cortada.

Un jóven y valiente escritor, que no es por cierto vaudevillista, Alejandro Dumas,

hijo, ha hecho, así lo espero, á este personaje imposible para lo futuro, llevándolo hasta lo sublime en su hermosa comedia del *Medio-Mundo*. Segun Olivier de Jalin, *espiritual* é intransigible, como un hombre honrado; no se sabe qué hará la posteridad tan mal educada de M. Desgenais?

Hablamos de todo esto, porque la intriga, la antigua y verdadera intriga, ha dado pasos en falso como M. Desgenais. Su finura consiste en decir: “ya te conozco, hermosa máscara, tú tienes peluca tú dientes postizos, tú un amante y aun tú un sedal,” segun el sexo de la persona á quien se embroma.

“Tu haz reunido tus riquezas de un modo infame!

—Antes que tú hubieras podido comprar los primeros zapatos, eras un harapiento despreciable, hermosa mascarita: por qué el primo Victor no nos ha traído esta noche, á tu muger?

Y otras novedades por el estilo.

—Es cierto que esta especie de intriga no existe en todas partes.

M. Desgenais la hubiera encerrado en la sala del vestuario del hotel de Rivas con

sus ordinarios zuecos y con su paraguas. Su talento, que tiene en efecto, no está provisto de la necesaria etiqueta para poder brillar en ese lugar de puertas adentro.

En el mundo todos se muerden, esto es indudable, pero no todos se muerden á la manera de los bulldogs, que los transeuntes separan á palos.

La verdadera intriga del mundo es el placer. Y así como la sed no satisfecha origina la rabia en los perros, del mismo modo el fiasco aguza la sátira.

En casa de la señora duquesa de Rivas se disfrutaba del placer tranquilamente: la fiesta era alegre dentro de los límites de la alegría mundana: el ciego amor vaciaba su carcax discretamente. Todos se divertían; es por cierto un interesante negocio! La huraña manía de censurar no ataca sino á los que se fastidian.

Habia ya materia para esas graciosas comedias que la casualidad arregla, cuyo prólogo es una sonrisa y su desenlace una lágrima, que muy pronto se seca; comedias de dos personajes, ó cuando mas de tres, si el marido es curioso.

Habia allí mismo, á docenas, esas novelitas en las que las dotes figuraban entre las polkas y las varsovianas: las novias con un pié levantado en medio del salon y los padres sentados en las galerías, cien mil escudos de dote para la señorita y buenas *esperanzas*; en cuanto al joven, cinco acciones de la compañía general (de incendio,) las tierras de Mostain, é igualmente *esperanzas*.

El lenguaje tiene tambien sus *ambigüismos*: esperanza significa la idea de abuelos muertos, de tias difuntas. No tenemos la pretension de haber descubierto el lado cómico de las pompas fúnebres.

Habia tambien otras negociaciones, asuntos serios, embrollos diplomáticos: habia á la sordina batallas encarnizadas entre señoras, asaltos de empleos y de cruces: habia allí reputaciones que nacian, compañías anónimas que se fundaban sin darse á conocer: y en fin, habia allí, lo que para nosotros es lo mejor, una juventud que bailaba por bailar, que reia por reir, que arrojaba al viento sus cabellos blondos ó negros en las vueltas del apasionado vals, que suspiraba por todo; que se entregaba con toda su alma á la ale-

gria; juventud alegre y sincera: la vida y la gloria de un baile!

Todas estas preciosas novelitas, todas estas comedias graciosas, todos estos negocios, todo este placer, hacian olvidar la idea sombría del drama que se habia iniciado al principio de la fiesta.

El telon tardaba tanto en levantarse, que por último, habian acabado por ir á buscar el espectáculo á otra parte.

En suma, el vizconde Enrique de Villiers se habia conmovido, ni mas ni ménos, como todos: cuando se le hablaba de la catástrofe posible se sonreía.

En cuanto á Jorge Leslie, habia bailado tan bien; qué creer?

La idea de una mistificacion comenzaba á estenderse.

En resúmen, estos dos hombres de carabinas que habian partido de las selvas vírgenes del Oeste de América, para terminar su diferencia en Paris, no estaban á las órdenes de la asamblea. A medida que la noche avanzaba, las caretas se hacian mas y mas transparentes

Se iban conociendo, se les contaba. En

dónde se hallaban los héroes del melodrama?

Ya se iban resignando poco á poco á pasársela sin tragedia.

Algunos minutos despues, á las dos dadas, el vizconde Enrique de Villiers y Jorge Leslie se encontraron.

Jorge previno la pregunta del vizconde, diciendo:

—No ha llegado aún.

Esto fué todo. Pasaron adelante.

El vizconde entró á la sala de juego.

Jorge se dirigió al terrado de flores á donde habia conducido á Elena durante el wals.

El terrado se estendia á lo largo del ala del edificio y venia á terminarse en un balcon que caía á la calle á la izquierda de la puerta cochera, encima del embanquetado:

Jorge se recargó sobre el balaustrado de fierro.

El tiempo estaba húmedo y caliente. Un desyelo súbito habia cambiado en lodo el tapiz ceniciento que cubria las calles la noche precedente. Habia llovido toda la noche, pero en ese momento las estrellas bri-

ALFONSO ALFONSINA
UNIVERSITARIA

U. A. N. L.